

MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 43: COMPRENDIENDO NUESTRO PECADO Preguntas 82-84



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

- 39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
- 40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
- 41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
- 43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84**
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
- 45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
- 46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
- 47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
- 48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
- 49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
- 50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
- 51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
- 52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
- 55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
- 56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
- 57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
- 58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
- 59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
- 60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

43 LECCIÓN

COMPRENDIENDO NUESTRO PECADO

P. 82. *¿Hay algún hombre que pueda guardar perfectamente los mandamientos de Dios?*

R. Ningún simple hombre, desde la caída, es capaz en esta vida de guardar perfectamente los mandamientos de Dios, sino que los quebranta diariamente en pensamiento, palabra y obra.

P. 83. *¿Todas las transgresiones de la ley son igual de aborrecibles?*

R. Algunos pecados por sí mismos y a causa de diversas agravantes, son más aborrecibles a los ojos de Dios que otros.

P. 84. *¿Qué merece todo pecado?*

R. Todo pecado merece la ira y la maldición de Dios, tanto en esta vida, como en la venidera.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 43:

Una vez considerados los mandamientos, estamos en una mejor posición para reflexionar acerca del pecado. Los mandamientos nos dicen lo que Dios exige, y el pecado es cualquier falta de conformidad o transgresión de la ley de Dios. Así que, cuando entendemos los mandamientos, podemos entender mejor qué es esa «carencia», o «falta de conformidad», y qué son las transgresiones de la ley de Dios. Ahora, el *catecismo* nos ayudará a considerar de qué maneras

pecamos, y lo que merece cada pecado. En esta lección, examinaremos tres preguntas: 82, 83 y 84.

Pregunta 82: «¿Hay algún hombre que pueda guardar perfectamente los mandamientos de Dios? Ningún simple hombre, desde la caída, es capaz en esta vida de guardar perfectamente los mandamientos de Dios, sino que los quebranta diariamente en pensamiento, palabra y obra». Esta es una pregunta y una respuesta importantes. Nos recuerda que somos incapaces de obedecer perfectamente los mandamientos de Dios en esta vida, lo cual nos humilla y nos convence de nuestro error.

La siguiente pregunta nos ayuda a entender mejor nuestro pecado, 83: «¿Todas las transgresiones de la ley son igual de aborrecibles? Algunos pecados por sí mismos y a causa de diversas agravantes, son más aborrecibles a los ojos de Dios que otros». La palabra «aborrecible» se refiere a lo detestable que es nuestro pecado. Viene de una palabra que significa «odiar». Así que, cuando el *catecismo* pregunta: «¿Todas las transgresiones de la ley son igual de aborrecibles?», está preguntando por qué tan detestables y reprobables son los pecados. No está preguntando si los pecados son detestables y despreciables. Está preguntando si todos los pecados son detestables al mismo nivel.

Luego, la pregunta 84: «¿Qué merece todo pecado? Todo pecado merece la ira y la maldición de Dios, tanto en esta vida, como en la venidera». Así que, sin importar qué tan aborrecible sea un pecado, ya sea poco o mucho, todo pecado, cada pecado, merece la ira y la maldición infinitas de Dios. Cada pecado es una transgresión perversa que exige el castigo justo de Dios.

Como puedes observar, estas preguntas son muy importantes. Son serias, y por lo tanto debemos ser muy serios en nuestro pensamiento sobre estas verdades. Y por eso, para nuestra lección veremos tres puntos principales acerca del pecado. Pero debemos tener en cuenta que esto también nos ayuda a prepararnos para la siguiente pregunta, que se refiere a lo que Dios demanda para que podamos escapar de su ira y maldición, que nosotros merecemos por causa del pecado. Por lo tanto, cuanto mejor entendamos el pecado, mejor nos gloriaremos en lo que Él nos proporciona por su gracia.

Bien, los tres puntos para nuestra lección: primero, *pecado: el quebrantamiento de los mandamientos de Dios*; segundo, *el pecado y los grados de maldad*; y tercero, *el pecado y su justo castigo*.

1. Pecado: el quebrantamiento de los mandamientos de Dios

En primer lugar, *pecado: el quebrantamiento de los mandamientos de Dios*. Como puedes recordar, la respuesta a la pregunta «¿Qué es el pecado? El pecado es toda falta de conformidad con la ley de Dios o transgresión de ella». (pregunta 14). Recordemos que cualquier falla que tengamos al obedecer la ley de Dios, ya sea en gran o pequeña medida, cualquier forma en que hagamos lo que Dios prohíbe, por grande o por pequeño que sea, es pecado. Y la ley, por la que Dios nos revela su perfecta voluntad, exige una obediencia perfecta. Por lo tanto, como dice el *catecismo*, «toda falta de conformidad con la ley de Dios o transgresión de ella» es pecado. Y esto nos ayuda a entender lo que el *catecismo* quiere decir en la respuesta a la pregunta 82: «Ningún simple hombre, desde la caída, es capaz en esta vida de guardar perfectamente los mandamientos de Dios, sino que los quebranta diariamente en pensamiento, palabra y obra».

Observemos algunas cosas en la respuesta, tal como se extraen de la Biblia. Primero, notemos de quién se trata. El *catecismo* utiliza una expresión importante: «Ningún simple hombre, desde la caída». Las palabras «simple hombre» significan «uno que es sólo hombre y nada más». Esto, por supuesto, se refiere a todos desde la caída, excepto uno. Bien, ¿quién es aquel que es verdadera y perfectamente hombre, pero también es algo más? Por supuesto, es Jesucristo. Él es verdadera y perfectamente hombre, y verdadera y perfectamente Dios en una sola persona. Así que, el *catecismo* está reconociendo que hay un hombre que es capaz en esta vida de guardar perfectamente los mandamientos de Dios, y de hecho ha guardado perfectamente los mandamientos de Dios: es Jesucristo, que, aunque es verdadera y perfectamente hombre, no es un simple hombre. También es verdadera y perfectamente Dios.

Esto significa también que todos los demás, desde la caída, no tienen la capacidad de guardar perfectamente la ley de Dios en esta vida. Y esto, por supuesto, se aplica a ti y a mí. Romanos 3:23 lo dice de manera sencilla: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios». Esto es cierto para cada uno de nosotros. Puedes recordar que, parte de la impiedad en los humanos por causa de la caída, es «la corrupción de toda su naturaleza, lo cual comúnmente es llamado pecado original» (Pregunta 18). De esta naturaleza caída y corrompida proceden todos nuestros pensamientos, palabras y acciones. Así como la corrupción no puede producir pureza, y la enfermedad no produce salud, tampoco nuestra naturaleza pecaminosa puede producir justicia. Esta es una verdad importante, particularmente cuando la vemos como cierta en nosotros mismos. Tú y yo, dejados a nosotros mismos, alejados de la gracia de Dios en Cristo, no podemos cumplir la ley en su perfección en esta vida.

Segundo punto, observemos cómo pecamos: «desde la caída», la humanidad «los quebranta diariamente en pensamiento, palabra y obra». Pecamos en nuestras mentes, nuestros deseos, nuestros pensamientos. Pecamos al hablar, con nuestras bocas, nuestras palabras. Pecamos con nuestros cuerpos, en nuestros actos y acciones. Esto no sólo es cierto para los inconversos. Es verdad para aquellos que son conversos, en esta vida ellos también continúan pecando. Cuando Juan escribía a los cristianos en su primera epístola, escribió, en el capítulo 1, versículo 8: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Cada día se confirma esta verdad en el cristiano. Puede que no seamos culpables del peor de los pecados, o del más aborrecible de los pecados, como es evidente, pero es cierto que nuestros pensamientos no están perfectamente sujetos a la ley de Dios. Nuestras palabras no siempre hablan lo que es honorable a Dios, y en amor a los hombres. No siempre estamos ministrando gracia a los que nos escuchan. Nuestras acciones no están en perfecto cumplimiento de la ley de Dios. Y cualquier falla es una falla, y toda falla, de cualquier magnitud, es pecado.

Antes de continuar, notemos que esto es en relación a «esta vida». Así que mientras estemos en esta vida, vamos a cometer pecados, debido al remanente de pecado en nosotros. El *catecismo* establece esta calificación particular para el creyente, porque, para el creyente, en la próxima vida, en el cielo, el creyente será glorificado y perfeccionado, de modo que sus pensamientos, sus palabras y sus obras se ajustarán perfectamente a la ley de Dios en el cielo. Esta es una verdad bendita que viene al creyente por gracia, que hace que el creyente, entre muchas otras razones, anhele llegar al cielo. Y sin embargo, mientras el creyente esté en esta vida, tiene motivos diarios para confesar sus pecados y mirar sólo a Jesucristo como esperanza.

2. *El pecado y los grados de maldad*

En segundo lugar, *el pecado y los grados de maldad*. El *catecismo* indica que cada uno de nosotros pecará en pensamiento, palabras y obras cada día en esta vida. En la pregunta 83, el *catecismo* nos recuerda una importante enseñanza bíblica: «¿Todas las transgresiones de la ley son igual de aborrecibles?». Antes de continuar, observemos lo que esto **no** nos está preguntando. No está preguntando si hay tipos de pecado que no merecen el juicio de Dios. No está preguntando si hay algún pecado que no amerite el justo castigo de Dios en el infierno. Como veremos en la siguiente pregunta, todo pecado merece la justa y eterna ira y maldición de Dios. Pero, ¿qué está preguntando el *catecismo*?

Bueno, la palabra «aborrecible» viene de una palabra que significa «odiar» o «detestable». Se está preguntando si Dios ve cada pecado igual de repulsivo, moralmente repugnante y espiritualmente deformado. De manera sencilla se puede pensar que la palabra «aborrecible» se refiere a odiado. ¿Son todos los pecados igual de odiados delante de Dios? Ahora, es verdad que todos los pecados son espiritualmente horribles, repugnantes, y odiados a los ojos de Dios, pero nos está preguntando si son *igualmente* horribles y repugnantes a los ojos de Dios. La respuesta es: «Algunos pecados por sí mismos y a causa de diversas agravantes, son más aborrecibles a los ojos de Dios que otros». Esto puede desafiar nuestro pensamiento original sobre el pecado, porque tenemos razón al entender, como nos recuerdan la siguiente pregunta y respuesta, que todo pecado merece la ira y la maldición de Dios. Así que, empecemos por ver que la Palabra de Dios afirma que, en efecto, algunos pecados son más aborrecibles que otros.

El *catecismo*, en sus referencias a la Biblia, cita Ezequiel capítulo 8, particularmente los versículos 6, 13 y 15. Te animo a que leas ese capítulo por tu cuenta. Bien, en ese capítulo, Dios está mostrando a Ezequiel los pecados de su pueblo en aquel tiempo. Y cada vez que Dios le muestra a Ezequiel un pecado de Israel, luego dice, como lo muestra la Biblia: «verás abominaciones mayores», nótese, «mayores». En el versículo 6, por ejemplo, Ezequiel escribe: «Me dijo entonces: Hijo de hombre, ¿no ves lo que estos hacen, las grandes abominaciones que la casa de Israel hace aquí para alejarme de mi santuario? Pero vuélvete aún, y verás abominaciones mayores». Nótese, los pecados mostrados a Ezequiel ya se describen como «grandes abominaciones», sin embargo, lo que se le muestra después es descrito como «abominaciones mayores». Son más horribles, son más repulsivas, son más aborrecibles a los ojos de Dios. Bueno, vemos esta idea expresada por el mismo Cristo, cuando habló con Pilato, en Juan 19, versículo 11. Cristo dijo: «el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene». El punto no es que algunos pecados son insignificantes o pequeños a los ojos de Dios. Todos los pecados son perversos, sin embargo, la Biblia nos está diciendo que algunos pecados son más detestables que otros.

Habiendo visto esto, veamos ahora qué es lo que hace que algunos pecados sean más aborrecibles o detestables en sí mismos que otros. ¿Qué es lo que hace que algunos pecados sean más repulsivos a los ojos de Dios que otros? La respuesta simplemente declara que «Algunos pecados por sí mismos y a causa de diversas agravantes, son más aborrecibles a los ojos de Dios que otros». Algunos pecados, por su propia naturaleza, son más detestables que otros. Otros pecados son más detestables por el número de agravantes o circunstancias conectadas con el pecado en particular. Consideremos lo siguiente.

Algunos pecados son «por sí mismos» más aborrecibles que otros. ¿Cómo es esto posible? Bueno, piénsalo de esta manera: oponerse a Dios abierta y directamente es más aborrecible que oponernos exclusivamente a nuestros padres. Esto no significa que uno no sea pecado. Simplemente significa que, cuando un pecado es cometido más directamente contra Dios, entonces más aborrecible es ese pecado. Por eso los cuatro primeros mandamientos «No tendrás dioses ajenos delante de mí» hasta «Acuérdete del día de reposo para santificarlo» tienen mayor prioridad que los seis últimos. No es porque los seis últimos sean poco importantes o insignificantes; tampoco son opcionales. Es porque los primeros cuatro tratan de forma más directa sobre Dios mismo. Puedes recordar que, cuando le preguntaron a Cristo cuál era el *gran* mandamiento, dijo: «Amarás al Señor tu Dios»; y luego dijo: «Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22, versículos 37 y 39). Cristo estaba haciendo una distinción. No estaba diciendo que un mandamiento es opcional; estaba diciendo que el *gran* mandamiento es amar al Señor tu Dios. En consecuencia, el *mayor* pecado es aquel que falla en amar al Señor tu Dios.

Bien, los pecados también pueden ser más aborrecibles por las diversas circunstancias y agravantes con las que se cometen. Meditemos, por ejemplo, en dos pecados diferentes que, sin embargo, ambos quebrantan el mismo mandamiento. Tomemos el quinto mandamiento. Éste exige que honremos a quienes tienen autoridad sobre nosotros: «Honra a tu padre y a tu madre». Bien, ¿cuál es más horrible espiritualmente; cuál es más abominable? A un hijo se le dice que limpie su cuarto. Él desobedece a sus padres. Entonces viene su padre y lo reprende, y el hijo dice que no quiere hacer lo que dice su padre. Piensa en un segundo ejemplo. Al hijo se le dice que limpie su cuarto; desobedece a sus padres; su padre viene y le reprende. Pero ahora, en lugar de limitarse a decir: «No quiero hacerlo», contesta alzando la voz, y lleno de ira, grita: «¡Nunca lo haré!». Como puedes ver, ambos son pecados. Ambos son respecto al mismo mandamiento. Ambos son contra la misma persona. Ambos transgreden la ley de Dios. Pero el segundo es más aborrecible debido a una mayor y más profunda exhibición del pecado con las circunstancias que expresan las agravantes antes mencionadas.

Bueno, para ayudarnos, el *Catecismo mayor*, pregunta y respuesta 151, nos proporciona cuatro maneras de ver cómo algunos pecados son más aborrecibles que otros. Las cuatro circunstancias se refieren, primero, *a las personas que ofenden*; segundo, *a las partes ofendidas*; tercero, *a la naturaleza y calidad de la ofensa*; cuarto, *al tiempo y lugar del pecado*. Piensa brevemente en ellas y tendrás una forma útil de examinar tus propios pecados y también los de los demás.

En primer lugar, un pecado puede ser más aborrecible cuando consideramos a las personas que están ofendiendo. En otras palabras, ¿quién está cometiendo el pecado? Por poner un ejemplo. Si un oficial de policía robara un dulce de caramelo es peor que si lo hiciera un niño de tres años. Ambos están haciendo lo mismo. Ambos están pecando. Sin embargo, el oficial de policía, la persona que está pecando, por causa de su edad, su tipo de trabajo, y su responsabilidad, está cometiendo un pecado que es más detestable.

Un segundo agravante viene de las partes ofendidas, es decir, contra quien se comete el pecado. Pensemos en una niña pequeña de cuatro o cinco años. Si ella miente a un extraño, eso es un pecado. Si esa misma niña miente a su madre, es un pecado mayor. ¿Por qué? ¿Por qué es espiritualmente más detestable? Porque la niña está bajo una mayor responsabilidad y una relación más íntima con su madre. Ella le debe a su madre mucho más de lo que le debe a un extraño.

Bien, un tercer agravante proviene de la naturaleza y calidad de la ofensa, es decir, del pecado mismo. Como señalamos antes, pecar directamente contra Dios es más aborrecible que pecar contra el prójimo. Incluso pecados contra los hombres pueden tener diferentes calidades. Considera la acción de robar. Puedes pensar en alguien robando diez mil dólares, en contraste con alguien robando diez dólares. ¿Cuál es pecado? ¿Cuál es un crimen? Bueno, ambos lo son; ambos son robos. Pero la calidad de robar diez mil dólares es más aborrecible que la de robar diez.

La última categoría es la de las circunstancias de tiempo y lugar. Por ejemplo, si alguien usa el nombre de Dios en vano en privado, en secreto, esto es un pecado. Si alguien profanó el nombre de Dios en público, es más abominable; en el día del Señor es más aborrecible. ¿Por qué es así? Bueno, ambas son violaciones directas de los mandamientos de Dios, pero el pecado público es más detestable porque se extiende ante la vista de otros; y hacerlo en el día del Señor es más aborrecible, porque ese día en particular es reclamado por Dios.

Así que, tenemos una manera útil de examinar nuestros propios pecados, y los pecados de otros, por estas cuatro categorías.

3. El pecado y su justo castigo

Viendo que algunos pecados son más aborrecibles a los ojos de Dios que otros, ¿Qué merece todo pecado? Nuestro tercer punto, *el pecado y su justo castigo*. La respuesta 84 dice: «Todo pecado merece la ira y la maldición de Dios, tanto en esta vida, como en la venidera». No debemos pensar que un pecado menos aborrecible, un pecado menos detestable significa de algún modo que no merecemos la ira y la maldición de Dios. ¿Cómo es que todo pecado, incluso el menos detestable, merece la ira y la maldición de Dios? En primer lugar, debemos recordar que cada pecado se comete contra un Dios perfectamente bueno e infinitamente glorioso. Aunque algunos pecados se cometen de forma más directa contra Dios que otros, todos los pecados son, de hecho, cometidos contra Él. Dios es infinito. No tiene límites. Pecar contra Él merece un castigo igual al crimen. Dios es muy justo. Debe castigar cada pecado con justicia. Como el pecado se comete contra el único que es infinitamente bueno, sabio y glorioso, el castigo que exige la justicia debe corresponder a todo eso, en función a nuestro pecado. Por eso todo pecado merece la ira y la maldición de Dios no sólo en esta vida, sino en la venidera. Un simple castigo momentáneo durante diez años, veinte años, sí, mil años, diez mil años no es justo, porque el pecado se cometió contra aquel que es infinito y glorioso. Sólo el castigo eterno es justo para un pecado cometido contra el Dios infinito y eterno.

¿Cuál es el castigo que merecemos por el pecado? Es «la ira y la maldición de Dios, tanto en esta vida, como en la venidera». Esto significa que cada pecado está sujeto al juicio de Dios sobre nosotros en esta vida. Esto es lo que merecemos. Ya que hemos pecado, merecemos únicamente la ira de Dios mientras vivamos en este mundo. Pero eso no es todo. Puesto que hemos pecado, merecemos únicamente la ira y la maldición de Dios en la vida venidera, para siempre y por la eternidad. Muchos, especialmente en nuestros días, han tratado de negar esta enseñanza, sin embargo, es exactamente lo que la Biblia afirma. Los pecadores que mueren en sus pecados sin Cristo sufrirán un tormento consciente y eterno para siempre. Esta no es una enseñanza fácil, pero es la enseñanza de la Biblia.

Prestemos atención a los siguientes tres pasajes a medida que nos acercamos a nuestra conclusión. Cada uno de ellos afirma varias cosas: los pecadores que mueren en sus pecados experimentarán la ira de Dios personalmente. Experimentarán la ira de Dios dolorosamente. Experimentarán la ira de Dios eternamente.

Mateo 13, versículos 41 y 42: «Enviaré al Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes».

Segunda de Tesalonicenses 1, versículos 8 y 9: «en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder».

Apocalipsis 14, versículo 11: «y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche».

¿Cómo entendemos correctamente la agonía de aquellos que, en el infierno, no tienen descanso y sólo experimentan la justa y merecida ira y maldición de Dios? ¡Qué pensamiento tan abrumador! Y eso es lo que se merece todo pecado. Permíteme decirlo claramente. Esto es lo que merece cada pecado que tú y yo hemos cometido. Merecemos de forma justa la ira y la maldición de Dios eternamente. ¡Oh, que el peso de ese pensamiento nos haga ver cuán malo es el pecado!, y que lo aborrezcamos por completo, y huyamos a Dios en Cristo.

Para terminar, por favor, toma esta lección a pecho. Es una lección pesada; es una lección difícil. Y, sin embargo, es una lección necesaria para hacernos ver cómo hemos pecado, y para hacernos ver lo que merecen nuestros pecados. Pero al examinar y ver esas cosas, asegúrate de verlas a la luz de la Palabra de Dios. Esto no es una mera idea o una fantasía. Es la enseñanza de la Biblia, resumida en nuestro *catecismo*.

Y, en segundo lugar, mientras lo haces, graba en tu mente que cada uno de tus pecados merece de forma justa el castigo de Dios, recuerda que hemos aprendido de Jesucristo, que ha venido a salvar a los pecadores. Y; por lo tanto, mira con cuanta desesperación necesitas a aquel que ha venido a salvar a los pecadores. Tú debes pagar por todos tus pecados, por siempre y por toda la eternidad, la ira de Dios contra ti, sin ningún descanso; o, debes sujetarte de aquel que en verdad es el Salvador de los pecadores. Qué bendita verdad es entonces que Dios ha hecho un camino de escape de la ira y la maldición que merecemos. No es por obra nuestra. Es por Jesucristo. Y es algo gozoso a lo que dirigimos nuestra atención, porque nuestra próxima lección tratará de esta provisión de Dios, y cómo se nos exige para escapar de la ira y la maldición que merecemos por el pecado. La buena noticia es que todo tiene que ver con Jesucristo. Y así, mientras el peso de esta lección recae sobre ti, que esto te permita ver la gloriosa provisión que se te ofrece en la predicación del evangelio, y de nuestro Señor Jesucristo.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.